

## Mary Wilkins Freeman “La rebelión de ‘madre’”\*

*Harper's Bazaar* publicó “La rebelión de ‘Madre’” en su edición de Septiembre de 1890. Un año después, la firma neoyorquina *Harper and Brothers* publicó la historia en la colección de relatos *A New England Nun and Other Stories*.

—¡Padre!—

—¿Qué?—

—¿Para qué están cavando esos hombres en el campo?—

De repente la parte inferior del rostro del viejo descendió y se alargó, como si un gran peso la presionara; cerró fuerte la boca, y siguió poniéndole el arnés a la yegua baya. De un tirón le metió el collar.

—¡Padre!—

El viejo arrojó la montura sobre el lomo de la yegua.

—Mira, padre, quiero saber para qué están cavando esos hombres en el campo.—

—Madre, vuelve a la casa y atiende tus asuntos— dijo el viejo. Juntó las palabras y su frase sonó casi tan inarticulada como un gruñido.

Pero la mujer le entendió, era su lengua más nativa. —No vuelvo a la casa hasta que me digas qué están haciendo esos hombre en el campo— dijo ella.

Luego se quedó esperando. Vestida de bata marrón, era una mujer pequeña, baja y sin cintura, como una niña. Tenía una frente gentil y benevolente entre las suaves curvas de su pelo gris y arrugas dóciles alrededor de la boca y la nariz; pero sus ojos, fijos en el viejo, parecían como si la docilidad hubiera sido resultado de su propia voluntad, y no la de otro.

Estaban en el granero, de pie frente a las puertas abiertas. Les llegaba al rostro el aire primaveral lleno de olor a pasto en crecimiento y flores no vistas. El gran patio delantero estaba lleno de carros y pilas de madera; en los costados, junto a la cerca y la casa, el pasto era de un verde vívido y había algunos dientes de león.

El viejo le echó una mirada obstinada a su mujer mientras abrochaba las últimas hebillas del arnés. Ella permaneció tan inamovible como una de las rocas que había en sus tierras de pastura, aferrada a la tierra por generaciones de matas de zarzamoras. Él tiró las riendas sobre el caballo y se dirigió al granero.

—¡Padre!— dijo ella.

El viejo se paró en seco.

—¿Qué?—

—Quiero saber para qué están cavando esos hombres en el campo—

—Están haciendo el pozo para un sótano, supongo, por si quieres saberlo.—

—¿Un sótano para qué?—

—Un granero.—

—¿Un granero? No vas a construir un granero allí donde íbamos a tener la casa, padre.—

El viejo no dijo ni una palabra más. Se apuró a atar el caballo al carro, y salió del patio ruidosamente, zangoloteándose tenazmente en el asiento como un niño.

La mujer permaneció un rato mirándolo, luego salió del granero y se dirigió a la casa por un costado del patio. La casa, ubicada en ángulo recto con respecto al granero grande, galpones y anexos, era infinitesimal comparada con ellos. Era apenas tan cómoda para sus habitantes como los pequeños cajoncitos debajo del granero lo eran para las palomas.

El rostro de una hermosa niña, rosado y delicado como una flor, miraba hacia fuera desde las ventanas de la casa. Observaba a los tres hombres que estaban cavando en el campo que bordeaba el patio cerca del camino. Se volvió en silencio cuando entró la mujer.

—¿Para qué están cavando, madre?— dijo —¿te contó?—

---

\* Traducción de Gabriel Matelo.

## Literatura Norteamericana

—Están cavando para... el sótano de otro granero.—

—Oh, madre, ¿no va a construir otro granero?—

—Es lo que él dice.—

Delante de la ventana de la cocina se encontraba un chico peinándose. Lo hacía lenta y minuciosamente, arreglándose el pelo marrón en un pequeño montículo liso encima de la frente. No parecía estar prestándole atención a la conversación.

—Sammy, ¿sabías que tu padre iba a construir otro granero?— preguntó la chica.

El chico se peinaba con aplicación.

—¡Sammy!—

Se volvió mostrando la misma cara que su padre bajo la cresta de pelo lisa. —Sí, supongo que sí— dijo a regañadientes.

—¿Cuánto hace que lo sabes?— preguntó su madre.

—Unos tres meses, creo.—

—¿Por qué no lo contaste?—

—No pensé que valiera la pena.—

—No veo para qué padre quiere otro granero— dijo la chica, en voz baja y dulce. Se volvió de nuevo hacia la ventana y miró afuera a los hombres cavando en el campo. Su rostro tierno y dulce expresaba una ligera aflicción. Su frente era limpia e inocente como la de un bebé y tenía el pelo claro estirado hacia atrás en una fila de bigudíes. Era bastante grandota, pero sus curvas no parecían cubiertas de músculos.

Su madre miró al chico con dureza.

—¿Va a comprar más vacas?— dijo.

El chico no contestó; se estaban probando los zapatos.

—Sammy, quiero que me digas si va a comprar más vacas.—

—Supongo.—

—¿Cuántas?—

—Cuatro, creo.—

Su madre no dijo más. Se fue a la despensa y se escuchó un repiquetear de platos. El chico agarró la gorra que colgaba de un clavo detrás de la puerta, una vieja aritmética del estante y salió para la escuela. Su constitución era ligera, pero torpe. Salió al patio con un curioso movimiento de caderas que hacía que la chaqueta suelta hecha en casa se le levantara por detrás.

La chica fue al fregadero y comenzó a lavar los platos apilados. Su madre salió de inmediato de la despensa y la empujó.

—Tú sécalos— dijo, —yo los lavo. Se juntaron muchos esta mañana.—

La madre sumergía las manos vigorosamente en el agua, la chica secaba los platos con lentitud ensoñadora.

—Madre— dijo, —¿no piensas que es terrible que padre vaya a construir otro granero con lo mucho que necesitamos una casa decente en qué vivir?—

La madre frotó un plato con fiereza.

—Todavía no te das cuenta de lo que significa ser mujer, Nanny Penn— dijo. —No has visto lo suficiente de los hombres todavía. Uno de estos días te darás cuenta y entonces sabrás que solo sabemos lo que los hombres piensan que sabemos y consideran útil que sepamos, que tenemos que considerarlos según la Providencia y no quejarnos de lo que hacen más que nos quejamos del tiempo.—

—No me importa; de todos modos no creo que George sea así— dijo Nanny. El delicado rostro se le encendió, hizo un mohín suave como si fuera a llorar.

—Espera y verás. No creo que George Eastmann sea mejor que los otros. De todos modos, no debes juzgar a tu padre. No puede evitarlo, porque no ve las cosas como nosotras. Y después de todo, estamos bastante cómodas aquí. El techo no se gotea, excepto una vez; eso es algo. Padre lo mantiene bien.—

—Desearía que tuviéramos una sala.—

## Literatura Norteamericana

—Supongo que a George Eastmann no le molesta visitarte en una cocina limpia y agradable. Supongo que la mayoría de las chicas no tiene un lugar tan lindo como este. Nadie me ha escuchado quejarme.—

—Yo tampoco me quejo, madre.—

—Bien, no creo que debas quejarte; tienes un buen padre y una buena casa. Suponte que tu padre te hiciera salir a ganarte la vida. Muchas niñas que no son ni tan fuertes ni tan capaces como tú tienen que hacerlo.—

Sarah Penn lavó la sartén con aire conclusivo. Fregó la parte externa con tanto cuidado como el interior. Era una maestra en el cuidado de su casa del tamaño de una caja. Su único estar nunca parecía mostrar el típico polvo producto de la fricción de la vida con las cosas inanimadas. Barría y parecía no haber suciedad en la escoba; limpiaba y no parecía haber diferencia. Era como un artista tan perfecto que no mostrara tener arte. Hoy sacó un cuenco de mezclar y una tabla y amasó tartas, y no se ensució de harina más que su hija que se dedicaba a tareas más delicadas. Nanny se iba a casar el próximo otoño y estaba cociendo y bordando batista. Cosía con diligencia mientras su madre cocinaba, y sus manos y puños suaves y de un blanco lechoso se veían más blancos que el delicado material.

—Pronto tendremos que hacer sacar el horno y llevarlo al galpón— dijo la señora Penn.

—Dices que no tenemos cosas, pero ha sido una verdadera bendición poder poner el horno en el galpón cuando hace calor. Padre hizo un buen trabajo al ponerlo allí.—

Mientras amasaba las tartas, el rostro de Sara Penn mostraba la expresión de dócil vigor característica de los santos del Nuevo Testamento. Hacía tartas de carne picada. A su esposo, Adoniram Penn, le gustaba más esas tartas. Ella las hacía dos veces por semana. A menudo a Adoniram le gustaba tomar una porción entre comidas. Esa mañana estaba apurada. Se había hecho más tarde de lo usual y quería tenerlas horneadas para el almuerzo. Sin importar cuán profundo fuera el resentimiento con su esposo, nunca fallaba en atender sus deseos con diligencia.

Cuando no se la constriñe, la nobleza de carácter se manifiesta en detalles menores. La de Sarah Penn se mostraba hoy en hojaldrados pasteles. Así fue que hizo religiosamente las tartas mientras al levantar la vista del otro lado de la mesa, veía aquello que le hería el alma paciente e inquebrantable: el sótano del nuevo granero en el lugar en que cuarenta años atrás Adoniram le había prometido construir su nueva casa.

Las tartas estuvieron listas para el almuerzo. Adoniram y Sammy llegaron a la casa minutos antes de las doce. El almuerzo fue despachado con grave prontitud. Nunca se conversaba demasiado a la mesa de la familia Penn. Adoniram hacía las bendiciones y comían rápido, luego se levantaban y se iban a trabajar.

Sammy volvió a la escuela, trotando travieso por el patio como un conejo. Quería jugar a las bolitas antes de la escuela y temió que su padre le diera tareas. Adoniram se apuró a salir por la puerta y lo llamó, pero su hijo ya había desaparecido.

—No veo para qué dejas que se vaya, madre— dijo. —Quería que me ayudara a descargar la madera.—

Adoniram se fue al patio a descargarla del carro. Sarah retiró los platos, mientras Nanny se sacó los bigudíes y se cambió de vestido. Iba al almacén a comprar más hilo y bordados.

Una vez que se fue, la señora Penn se dirigió a la puerta.

—¡Padre!— llamó.

—Bien, ¿qué?—

—Quiero hablar un minuto contigo, padre.—

—No puedo dejar la madera. Tengo que descargarla e ir a buscar grava antes de las dos. Sammy tendría que haberme ayudado. No tendrías que dejarlo ir a la escuela tan temprano.—

—Quiero hablarte solo un minuto.—

—Te digo que no puedo, madre.—

—Padre, ven aquí.— Sarah Penn se paró en la puerta como una reina; sostuvo la cabeza como si portara una corona; mostró esa paciencia que le daba a su voz una autoridad digna de reyes. Adoniram se acercó.

## Literatura Norteamericana

La señora Penn lo llevó a la cocina y le señaló una silla.

—Siéntate, padre. Tengo algo que decirte.—

Él se sentó con pesadez; con el rostro impasible, pero la miró con ojos nerviosos.

—Bien, qué pasa, madre.—

—Quiero saber para qué estás construyendo ese nuevo granero, padre.—

—No tengo nada que decir al respecto.—

—No será porque crees que necesitas otro.—

—Te digo que no tengo nada que decir al respecto, madre; y no voy a decir nada.—

—¿Vas a comprar más vacas?—

Adoniram no respondió y cerró la boca firme.

—Veo que lo vas a hacer. Ahora bien, padre, mira.— Sarah Penn no se había sentado, permaneció junto a su esposo de la manera humilde de una mujer bíblica. —voy a hablarte lisa y llanamente. Desde que nos casamos nunca lo he hecho, pero lo voy a hacer ahora. Nunca me he quejado y no me voy a quejar ahora, pero voy a hablar con claridad. Ves esta habitación, padre, mírala bien. Ves que no hay alfombras y ves que el empapelado está todo sucio y cayéndose de las paredes. No hemos puesto un nuevo papel desde hace diez años y en ese entonces lo puse yo misma, y no costó más que nueve centavos el rollo. Mira la habitación, padre; es la misma en la que he tenido que trabajar, comer y sentarme desde que nos casamos. No hay otra mujer en todo el pueblo cuyo marido tenga la mitad de lo que tienes pero la pasa mejor. Este es todo el lugar que tiene Nanny para recibir visitas; todas sus amigas la pasan mejor y sus padres no son tan capaces como tú. Esta es la habitación en donde tendrá su boda. ¿Qué habrías pensado, padre, si hubiéramos tenido nuestra boda en un lugar no mejor que este? Me casé en la sala de mi madre, con alfombras, y sillones y una mesa de caoba. Y esta es la habitación en que mi hija tendrá que casarse. ¡Mírala, padre!—

Sarah Penn cruzó la habitación como si fuera un escenario trágico. Aventó la puerta que daba al dormitorio diminuto, con apenas lugar para la cama y un escritorio y el espacio entremedio.

—Ahí tienes todo el espacio en el que he tenido que dormir por cuarenta años. Todos mis hijos nacieron allí, los dos que murieron y los dos que viven. Me enfermé de fiebre allí.—

Dio un paso hacia otra puerta y la abrió. Una escalinata angosta y torcida se dirigía arriba.

—Ahí tienes. Quiero que mires esas escaleras que dan a dos dormitorios sin terminar que son todo el lugar en que nuestro hijo y nuestra hija han tenido que dormir toda la vida. En el pueblo no hay una niña más linda o más elegante que Nanny y este es el lugar en el que tiene que dormir. No es mejor que el establo de tu caballo; ni siquiera es tan cálido ni protegido.—

Sarah Penn volvió y se paró junto a su esposo.

—Ahora, padre. Quiero saber si crees que estás haciendo las cosas de acuerdo a lo prometido. Cuando nos casamos hace cuarenta años me prometiste fielmente que íbamos a tener una nueva casa en ese lote en el campo antes de que pasara un año. Dijiste que tenías dinero suficiente y que no ibas a pedirme que viviera en un lugar como este. Hace cuarenta años ahora, y has estado haciendo más dinero y he estado ahorrando desde entonces y no has construido la casa todavía. Has construido galpones y establos y un nuevo granero, y ahora vas a construir otro. Padre, quiero saber si crees que eso es lo correcto. Alojás a tus bestias mejor que a los de tu propia sangre. Quiero saber si crees que eso es lo correcto.—

—No tengo nada que decir.—

—No puedes decir nada sin reconocer que no está bien, padre. Y hay más. No me quejo de no tener otra casa, me las he arreglado por cuarenta años, y supongo que lo haría por otros cuarenta si no fuera por eso. Nanny no podrá vivir con nosotros luego de casarse. Tendrá que irse a otro lado a vivir lejos y no me parece que pueda soportarlo, de ninguna manera, padre. Nunca fue muy fuerte. Tiene buen aspecto, pero le falta fibra. Siempre le he evitado las tareas más pesadas y no está capacitada para llevar adelante una casa y hacer todo por sí misma. Se agotará antes de que pase un año. ¡Piensa que tendrá que lavar y planchar y cocinar con sus suaves manos blancas, y barrer! No lo soporto, de ninguna manera, padre.—

## Literatura Norteamericana

A la señora Penn le ardía el rostro, le relucían los ojos afables. Había alegado su pequeña causa como un Webster;<sup>1</sup> había pasado del rigor al patetismo; pero su oponente empleaba ese obstinado silencio que vuelve fútil la elocuencia en ecos burlones. Adoniram se levantó con torpeza.

–Padre, ¿no tienes nada qué decir?–

–Tengo que salir a buscar la grava. No puedo quedarme todo el día aquí hablando.–

–Padre, ¿no lo pensarás mejor y harás construir una casa en vez del granero?–

–No tengo nada que decir.–

Adoniram salió arrastrando los pies. La señora Penn entró al dormitorio. Cuando salió sus ojos estaban rojos. Tenía un rollo de tela de algodón sin blanquear. Lo estiró sobre la mesa de la cocina y comenzó a cortar camisas para su esposo. Esa tarde los hombres en el campo tenían una yunta para ayudarlos en la tarea, podía oírlos arriarla. Ella apenas tenía un patrón para las camisas; tenía que diseñar y cortar las mangas.

Nanny llegó a casa con el bordado y se sentó a seguir la costura. Se había sacado los bigudíes y tenía un rulo suave de pelo rubio como una aureola alrededor de la frente; su rostro era tan delicadamente fino y traslúcido como la porcelana. De repente elevó la vista y un tierno rojo se le encendió en el rostro y el cuello.

–Madre– dijo.

–¿Qué, hija?–

–He estado pensando... no veo cómo vamos a tener una... boda en esta habitación. Me avergonzaría recibir a los parientes de George aunque no venga nadie más.–

–Quizás podamos conseguir un empapelado nuevo; yo lo voy a colocar. No creo que te debas sentir avergonzada de tus pertenencias.–

–Podríamos tener la boda en el nuevo granero– dijo Nanny, levemente malhumorada.

–¿Qué pasa, madre, por qué te ves así?–

La señora Penn dio un respingo, y la miró con expresión curiosa. Regresó a su tarea y con cuidado extendió el patrón sobre la tela.

–¡No es nada!– dijo.

En ese momento Adoniram salía del patio en el carro de dos ruedas, conduciéndolo orgullosamente erguido como un auriga romano. La señora Penn abrió la puerta y se quedó allí un minuto mirando afuera; los gritos de los hombres que arriaban la yunta se escuchaban más fuertes.

Le pareció que a lo largo de los meses primaverales no había escuchado otra cosa que esos gritos y los ruidos de sierras y martillos. El nuevo granero creció rápido. Era un hermoso edificio para una aldea tan pequeña. Los domingos plácidos, los hombres pasaban en sus trajes de fiesta y sus camisas limpias y se lo quedaban mirando con admiración. La señora Penn no hablaba de ello, y Adoniram no se lo mencionaba, aunque a veces, al volver de hacerle una inspección, mostraba una dignidad herida.

–Es extraño lo que tu madre siente acerca del nuevo granero– le dijo confidencialmente un día a Sammy. Este solo gruñía de una manera rara para un niño; había aprendido eso de su padre.

Para la tercera semana de julio, el granero estuvo completo y listo para usar. Adoniram había planeado mudar el ganado el miércoles; el martes recibió una carta que le cambió los planes. Temprano a la mañana llegó con ella.

–Sammy ha ido al correo– dijo, –y tengo una carta de Hiram.– Hiram era el hermano del señor Penn, y vivía en Vermont.

–Bien– dijo la señora Penn, –¿qué cuenta de la familia?–

–Supongo que están bien. Dice que si voy enseguida hay una buena oportunidad de comprar justo el tipo de caballo que quiero.– Se quedó mirando reflexivo por la ventana al nuevo granero.

La señora Penn hacía tartas. Siguió estirando la masa con el palote, aunque estaba pálida y le latía fuertemente el corazón.

---

<sup>1</sup> Daniel Webster (1782–1852) fue un prominente abogado, orador y político de los Estados Unidos durante en la época anterior a la Guerra de Secesión. Fue autor del primer diccionario de inglés producido en ese país, de donde surgen los actuales diccionarios Webster.

## Literatura Norteamericana

—No sé si está bien que vaya— dijo Adoniram. —Odio irme justo ahora, cuando estamos recogiendo el heno, pero el lote de diez acres ya está cortado y supongo que Rufus y los otros pueden manejarse sin mí por tres o cuatro días. Aquí no voy a conseguir el caballo que me gusta, para nada, y tengo que tener otro para arrastrar la madera en el otoño. Le pediré a Hiram que se encargue y si tiene algún consejo con respecto al caballo. Creo que es mejor que vaya.—

—Te preparo una camisa limpia y el cuello— dijo la señora Penn con calma. Extendió en la cama del pequeño dormitorio el traje dominguero de Adoniram y ropa limpia. Le tuvo lista el agua caliente y la navaja para que se afeitara. Por último le abotonó el cuello y le ató la corbata negra.

Adoniram no usaba nunca cuello y corbata sino en ocasiones excepcionales. Mantuvo la cabeza erguida con áspera dignidad. Cuando estuvo listo, con el saco y el sombrero cepillados, y el almuerzo de tarta y queso en una bolsa de papel, dudó en el umbral. Miró a su esposa, desafiantemente contrito.

—Si las vacas llegan hoy, Sammy puede meterlas en el nuevo granero— dijo, —y cuando traigan el heno, que también lo guarde.—

—Bien— contestó la señora Penn.

Cuando Adoniram atravesó el umbral se volvió y miró con una especie de solemnidad nerviosa. —Volveré el sábado si no surge nada— dijo.

—Cuídate, padre— contestó su esposa.

Se quedó de pie en la puerta con Nanny al lado y lo miró perderse de vista. Tenía una expresión extraña y dubitativa en los ojos y la pacífica frente contraída. Entró y siguió cocinando. Nanny se sentó a coser. Se acercaba el día de su boda y empalidecía y adelgazaba de tanto coser. La madre se la pasaba mirándola.

—¿Sientes el dolor en el costado esta mañana?— preguntó.

—Un poquito.—

Mientras trabajaba, a la señora Penn se le cambió la cara, se le alisó la frente perpleja, se le afirmaron los ojos y los labios. Compuso una máxima para sí misma, aunque sus pensamientos iletrados lo hicieron sin coherencia. —Las oportunidades no pedidas son las señales de Dios a nuevos caminos en la vida— repitió en efecto, y se decidió acerca de las acciones a tomar.

—Supongamos que yo le hubiera escrito a Hiram— murmuró una vez cuando estaba en la despensa, —supongamos que yo le hubiera escrito y preguntado si sabía de algún caballo. Pero no lo hice y la partida de padre no es producto de mi acción. Parece algo propio de la providencia.— Al final la voz le salió alta y sonora.

—¿De qué estás hablando, madre?— dijo Nanny.

—De nada.—

La señora Penn apuró el horneado y a las once ya estaba listo. La carga de heno del campo fue llegando lentamente por el camino y se detuvo frente al nuevo granero. La señora Penn salió corriendo.

—¡Deténganse!— gritó. —¡Deténganse!— Los hombres se detuvieron y miraron; Sammy se subió al tope de la carga y observó a su madre. —¡Deténganse!— gritó de nuevo. —No pongan el heno en ese granero, pónganlo en el viejo.—

—¿Por qué?, él dijo que pongamos el heno aquí— contestó uno de los recolectores, sorprendido. Era un joven, el hijo de un vecino a quien Adoniram había contratado por un año como ayuda en la granja.

—No pongan el heno en el granero nuevo; hay suficiente espacio en el viejo ¿no es cierto?— dijo la señora Penn.

—Suficiente espacio— contestó el joven en su tono grueso y rústico. —No se necesita el nuevo granero, en lo que a espacio se refiere. Bien, supongo que cambió de idea.— Sostuvo las bridas del caballo.

La señora Penn volvió a la casa. Pronto las ventanas de la cocina se oscurecieron y una fragancia como de miel caliente se esparció por la habitación. Nanny dejó a un lado su tarea.

—Creo que padre quería que pusieran el heno en el granero nuevo— dijo sorprendida.

—Está bien— contestó su madre.

## Literatura Norteamericana

Sammy se bajó de la carga de heno y entró a ver si el almuerzo estaba listo.

—No voy a hacer un almuerzo común hoy, ya que padre se ha ido— dijo su madre. —Dejaré que se apague el fuego. Ustedes pueden servirse pan, leche y pastel. Creo que nos arreglaremos con eso.— Sacó cuencos con leche, pan y un pastel y los puso en la mesa de la cocina. —Es mejor que almuercen ahora— dijo. —Cuando terminen quiero que me ayuden.—

Nanny y Sammy se miraron. Había algo extraño en la actitud de su madre. La señora Penn no almorzó. Se metió en la despensa y la oyeron mover los platos mientras comían. Luego salió con una pila de platos. Sacó la canasta de la ropa de la despensa y los puso en ella. Trajo tazas y platitos y los puso junto con los platos.

—¿Qué vas a hacer, madre?— inquirió Nanny, con voz tímida. Una sensación de que algo inusual estaba ocurriendo la hizo temblar, como si viera un fantasma. Sammy miraba raro por encima de su pastel.

—Ya verán qué voy a hacer— contestó la señora Penn. —Si ya terminaron, Nanny, quiero que subas y empaques todas tus cosas; y quiero que tú, Sammy, me ayudes a bajar la cama del dormitorio.—

—Oh, madre, ¿para qué?— jadeó Nanny.

—Ya verán.—

Durante las siguientes pocas horas esta simple y piadosa madre de Nueva Inglaterra llevó a cabo una hazaña digna de equipararse a la de Wolfe tomando por asalto los cerros de Abraham. No supuso para Wolfe más genio ni audacia valiente el animar a sus soldados maravillados a trepar los empinados precipicios bajo los ojos somnolientos del enemigo, que para Sarah Penn, al frente de sus hijos, el mudar toda su casa al nuevo granero mientras su esposo estaba ausente.

Nanny y Sammy siguieron las instrucciones de su madre sin murmurar; de hecho, estaban intimidados. Hay cierta cualidad asombrosa y sobrehumana en una empresa puramente original como la de su madre. Nanny iba y venía con cargas livianas y Sammy arrastraba las pesadas con sobria energía.

Para las cinco de la tarde la pequeña casa en que los Penn habían vivido por cuarenta años se había vaciado en el nuevo granero.

Un albañil construye algo con propósitos desconocidos y en cierta medida es un profeta. El arquitecto del granero de Adoniram Penn, si bien lo diseñó para comodidad de animales de cuatro patas, lo planeó mejor de lo que supo para comodidad de los humanos. De un vistazo, Sarah Penn se dio cuenta de sus posibilidades. Los grandes compartimentos, con edredones colgados delante se volverían dormitorios mejores que los que ella había ocupado por cuarenta años, y estaba además el espacio para los carros. El depósito de arneses, con su chimenea y estantes, se volvería la cocina de sus sueños. El gran espacio intermedio haría de sala, tan adecuada como para un palacio. En el piso superior había tanto espacio como abajo. Con particiones y ventanas, se convertiría en una gran casa. Sarah vio la línea de montantes por delante del espacio asignado a las vacas y reflexionó que allí podría tener su entrada delantera.

A las seis el horno ya estaba arriba en el depósito de arneses, la pava hervía, y la mesa estaba puesta para el té. Ya casi lucía hogareña a diferencia de la casa abandonada del otro lado del patio. El joven contratado ordeñaba y Sarah le indicaba con calma el camino para llevar la leche hasta el nuevo granero. Llegó jadeando y derramando de los baldes repletos pequeños manchones de espuma en el pasto. Antes de que llegara la mañana siguiente ya había corrido por la pequeña aldea la historia de que la esposa de Adoniram Penn se había mudado al nuevo granero. Los hombres se congregaban en el almacén y hablaban de ello; las mujeres con chales en las cabezas se escurrían en las casas antes de terminar las tareas domésticas. En esta tranquila aldea, cualquier desviación del curso normal de la vida era suficiente para detener todo su movimiento. Todos hacían una pausa en el camino para observar al personaje serio e independiente. Había diferencia de opiniones acerca de ella. Algunos sostenían que estaba loca; otros, que tenía un espíritu anárquico y rebelde.

El viernes el ministro pasó a verla. Fue antes del mediodía y ella estaba a las puertas del granero pelando chauchas para el almuerzo. Ella lo miró y le devolvió el saludo con dignidad, luego

siguió con su tarea. No lo invitó a entrar. La expresión piadosa de su rostro permaneció fija, pero se le superpuso un rubor de enojo.

El ministro se quedó de pie incómodo ante ella y le habló. Ella manipulaba las arvejas como si fueran balas. Finalmente levantó la mirada y sus ojos mostraron el espíritu que una fachada de docilidad había cubierto toda la vida.

—No sirve de nada hablar, Mr. Hersey— dijo. —Lo he pensado una y otra vez y creo que lo que hago es lo correcto. Lo he sometido a mis plegarias, y queda entre el Señor, yo y Adoniram. Nadie más debe preocuparse al respecto.

—Sí, por supuesto, señora Penn, si lo ha puesto ante el Señor en sus plegarias, y se siente satisfecha de que hace lo correcto— dijo el ministro, impotente. Su rostro de fina barba gris era patético. Era un hombre enfermizo, su confianza juvenil se había enfriado, tenía que fustigarse tan implacablemente como un asceta católico para estar a la altura de sus deberes pastorales, y luego quedaba postrado ante los más inteligentes.

—Creo que es tan justo como creo que fue justo para nuestros antecesores venir desde el viejo país porque no tenían lo que les pertenecía— dijo la señora Penn. Se levantó. Por su porte digno, el umbral del granero bien podría haber sido Plymouth Rock. —No dudo de su buena intención, Mr. Hersey— dijo, —pero hay cosas con las que la gente no debe interferir. He sido miembro de la iglesia por cuarenta años. Tengo mi propia mente y mis propios pies, voy a tener mis propios pensamientos y a tomar mis propios caminos, y nadie excepto el Señor va a mandarme, al menos que yo lo consienta. ¿Quiere entrar y sentarse? ¿Cómo está la señora Hersey?—

—Está bien, gracias— replicó el ministro. Agregó algunas perplejas observaciones de disculpa; luego se retiró.

Él podía exponer acerca de la complejidad de los personajes de las Escrituras, era competente en entender a los Padres Peregrinos y todos los innovadores históricos; pero Sarah Penn estaba más allá de eso. Él podía lidiar con casos primitivos, pero los paralelos lo derrotaban. Sin embargo, después de todo, aunque quedaba fuera de sus dominios, se preguntaba cómo lidiaría Adoniram Penn con su esposa más que cómo lo haría el Señor. Todos compartían el asombro. Cuando las cuatro nuevas vacas de Adoniram llegaron, Sarah ordenó que tres de ellas fueran puestas en el granero viejo, y la otra en el galpón de la casa donde se había ubicado la cocina. Eso acentuó el alboroto. Se rumoreaba que las cuatro vacas estaban domiciliadas en la casa.

Hacia el atardecer del sábado, cuando se esperaba que regresara Adoniram, un puñado de hombres se ubicó en el camino cerca del nuevo granero. El joven contratado había hecho el ordeño, pero todavía se encontraba en el predio. Sarah Penn ya tenía lista la cena. Había pan negro y porotos y tarta de crema; era la cena que a Adoniram le encantaba tener los sábados a la noche. Ella llevaba un vestido limpio de algodón estampado y su porte era imperturbable. Nanny y Sammy se mantuvieron cerca. Tenían los ojos dilatados y Nanny estaba llena de temblores nerviosos. Aún así, sentían más una agitación placentera que otra cosa. Una confianza innata en su madre por sobre su padre se afirmaba a sí misma. Sammy miró por la ventana del depósito de arneses.

—Ahí llega— anunció, con un murmullo reverente. Él y Nanny espionaron junto al marco. La señora Penn siguió con sus tareas. Los chicos vieron que Adoniram dejaba el caballo nuevo en el camino de entrada y se dirigía a la casa. Estaba cerrada. Luego dio la vuelta por el galpón. A esa puerta raramente se la cerraba con llave, incluso si la familia no estaba. La idea de cómo la vaca enfrentaría a su padre pasó por la mente de Nanny. Sintió un sollozo histérico en la garganta. Adoniram surgió del galpón y se quedó mirando de modo aturdido. Se le movieron los labios; estaba diciendo algo, pero no pudieron oír qué era. El joven contratado espiaba desde la esquina del viejo granero, pero nadie lo vio.

Adoniram tomó al caballo nuevo por la brida y lo guió a través del patio hacia el granero nuevo. Nanny y Sammy se agazaparon junto a su madre. Las puertas del granero giraron y allí apareció Adoniram con el largo rostro afable del gran caballo canadiense mirando por encima de su hombro.

Nanny se mantuvo detrás de su madre, pero Sammy dio un repentino paso hacia delante y se paró delante de ella. Adoniram miró fijo al grupo.



## Literatura Norteamericana

—¿Qué diablos están haciendo aquí?— dijo. —¿Qué le pasó a la casa?—

—Hemos venido a vivir aquí, padre.— Dijo Sammy. La voz estridente le temblaba de valentía.

—¿Qué?— Adoniram olisqueó. —¿Qué es ese olor a comida?— dijo. Dio un paso adelante y miró por la puerta abierta del depósito de arneses. Luego se volvió a su esposa. Su viejo rostro erizado estaba pálido y cohibido. —¿Qué diablos significa esto, madre?— jadeó.

—Entra, padre— dijo Sarah. Lo guió al depósito de arneses y cerró la puerta. —Padre— dijo, —no tengas miedo. No estoy loca. No hay nada por qué enojarse. Pero nos vinimos a vivir aquí y vamos a vivir aquí. Tengo tanto derecho a estar aquí como los caballos nuevos y las vacas. La casa ya no servía y decidí no quedarme más allí. He cumplido con mis deberes hacia ti por cuarenta años y los voy a cumplir ahora, pero voy a vivir aquí. Tienes que colocar algunas ventanas y particiones; y vas a tener que comprar muebles.—

—¿Por qué, madre?— jadeó el viejo.

—Será mejor que te saques el saco y te laves, ahí está el baño, y luego cenaremos.—

—¿Por qué, madre?—

Sammy pasó junto a la ventana, llevando el nuevo caballo al granero viejo. El viejo lo vio y agitó la cabeza sin hablar. Trató de quitarse el saco pero pareció faltarle fuerza en los brazos. Su esposa lo ayudó. Puso agua en un lavamanos de hojalata y una barra de jabón. Tomó el peine y el cepillo y le suavizó el pelo gris luego de que él se lo hubiera lavado. Luego llevó a la mesa porotos, pan caliente y té. Entró Sammy y la familia se juntó. Adoniram se sentó mirando aturdido al plato, y ellos esperaron.

—¿No pedirás la bendición, padre?— dijo Sarah.

Y el viejo reclinó la cabeza y murmuró.

Durante la comida dejaba de comer de a ratos y miraba furtivamente a su esposa; pero comió bien. La comida casera le gustaba y su contextura de hombre mayor era demasiado vigorosa y saludable como para que su mente la afectara. Pero luego de la cena salió, se sentó en el escalón de la puerta más pequeña a la derecha del granero, a través de la cual él había tenido la intención de hacer pasar los Jerseys en fila majestuosa, pero a la que Sarah había transformado en la puerta delantera de la casa, y apoyó la cabeza en las manos.

Después de la cena se levantaron los platos y se lavaron las ollas y Sarah fue a su encuentro. El crepúsculo se hacía más intenso. Había un fulgor verde en el cielo. Ante ellos se extendía la planicie lisa del campo; a la distancia se encontraba el conjunto de pilas de heno como chozas de una aldea; el aire estaba muy fresco, calmo y dulce. Podría haber sido el paisaje ideal de la paz.

Sarah se reclinó y le tocó uno de los hombros delgados y nervudos.

—¡Padre!—

Los hombros del viejo temblaron: estaba llorando.

—No, no te pongas así, padre— dijo Sarah.

—Voy a... colocar... las particiones, y... todo lo que... tú quieras, madre.—

Sarah se levantó el delantal al rostro; se sentía superada por su propio triunfo.

Adoniram era como una fortaleza cuyos muros no ofrecían ya una resistencia activa, y se derrumbó en el momento en que se usaron los instrumentos de asedio apropiados.

—Oh, madre— dijo con voz ronca, —no tenía ni idea de que estabas resuelta a llegar tan lejos.—

## The Revolt of 'Mother'

"Father!"

"What is it?"

"What are them men diggin' over there in the field for?"

There was a sudden dropping and enlarging of the lower part of the old man's face, as if some heavy weight had settled therein; he shut his mouth tight, and went on harnessing the great bay mare. He hustled the collar on to her neck with a jerk.

"Father!"

The old man slapped the saddle upon the mare's back.

"Look here, father, I want to know what them men are diggin' over in the field for, an' I'm goin' to know."

"I wish you'd go into the house, mother, an' 'tend to your own affairs" the old man said then. He ran his words together, and his speech was almost as inarticulate as a growl.

But the woman understood; it was her most native tongue. "I ain't goin' into the house till you tell me what them men are doin' over there in the field" said she.

Then she stood waiting. She was a small woman, short and straight-waisted like a child in her brown cotton gown. Her forehead was mild and benevolent between the smooth curves of gray hair; there were meek downward lines about her nose and mouth; but her eyes, fixed upon the old man, looked as if the meekness had been the result of her own will, never of the will of another.

They were in the barn, standing before the wide open doors. The spring air, full of the smell of growing grass and unseen blossoms, came in their faces. The deep yard in front was littered with farm wagons and piles of wood; on the edges, close to the fence and the house, the grass was a vivid green, and there were some dandelions.

The old man glanced doggedly at his wife as he tightened the last buckles on the harness. She looked as immovable to him as one of the rocks in his pasture-land, bound to the earth with generations of blackberry vines. He slapped the reins over the horse, and started forth from the barn.

"Father!" said she.

The old man pulled up. "What is it?"

"I want to know what them men are diggin' over there in that field for."

"They're diggin' a cellar, I s'pose, if you've got to know."

"A cellar for what?"

"A barn."

"A barn? You ain't goin' to build a barn over there where we was goin' to have a house, father?"

The old man said not another word. He hurried the horse into the farm wagon, and clattered out of the yard, jouncing as sturdily on his seat as a boy.

The woman stood a moment looking after him, then she went out of the barn across a corner of the yard to the house. The house, standing at right angles with the great barn and a long reach of sheds and out-buildings, was infinitesimal compared with them. It was scarcely as commodious for people as the little boxes under the barn eaves were for doves.

A pretty girl's face, pink and delicate as a flower, was looking out of one of the house windows. She was watching three men who were digging over in the field which bounded the yard near the road line. She turned quietly when the woman entered.

"What are they diggin' for, mother?" said she. "Did he tell you?"

"They're diggin' for — a cellar for a new barn."

"Oh, mother, he ain't goin' to build another barn?"

"That's what he says."

A boy stood before the kitchen glass combing his hair. He combed slowly and painstakingly, arranging his brown hair in a smooth hillock over his forehead. He did not seem to pay any attention to the conversation.

"Sammy, did you know father was goin' to build a new barn?" asked the girl.

## Literatura Norteamericana

The boy combed assiduously.

"Sammy!"

He turned, and showed a face like his father's under his smooth crest of hair. "Yes, I s'pose I did" he said, reluctantly.

"How long have you known it?" asked his mother.

"Bout three months, I guess."

"Why didn't you tell of it?"

"Didn't think 'twould do no good."

"I don't see what father wants another barn for" said the girl, in her sweet, slow voice. She turned again to the window, and stared out at the digging men in the field. Her tender, sweet face was full of a gentle distress. Her forehead was as bald and innocent as a baby's, with the light hair strained back from it in a row of curl-papers. She was quite large, but her soft curves did not look as if they covered muscles.

Her mother looked sternly at the boy. "Is he goin' to buy more cows?" said she.

The boy did not reply; he was tying his shoes.

"Sammy, I want you to tell me if he's goin' to buy more cows."

"I s'pose he is."

"How many?"

"Four, I guess."

His mother said nothing more. She went into the pantry, and there was a clatter of dishes. The boy got his cap from a nail behind the door, took an old arithmetic from the shelf, and started for school. He was lightly built, but clumsy. He went out of the yard with a curious spring in the hips, that made his loose home-made jacket tilt up in the rear.

The girl went to the sink, and began to wash the dishes that were piled up there. Her mother came promptly out of the pantry, and shoved her aside. "You wipe 'em" said she; "I'll wash. There's a good many this mornin'."

The mother plunged her hands vigorously into the water, the girl wiped the plates slowly and dreamily. "Mother" said she, "don't you think it's too bad father's goin' to build that new barn, much as we need a decent house to live in?"

Her mother scrubbed a dish fiercely. "You ain't found out yet we're women-folks, Nanny Penn" said she. "You ain't seen enough of men-folks yet to. One of these days you'll find it out, an' then you'll know that we know only what men-folks think we do, so far as any use of it goes, an' how we'd ought to reckon men-folks in with Providence, an' not complain of what they do any more than we do of the weather."

"I don't care; I don't believe George is anything like that, anyhow" said Nanny. Her delicate face flushed pink, her lips pouted softly, as if she were going to cry.

"You wait an' see. I guess George Eastman ain't no better than other men. You hadn't ought to judge father, though. He can't help it, 'cause he don't look at things jest the way we do. An' we've been pretty comfortable here, after all. The roof don't leak — ain't never but once — that's one thing. Father's kept it shingled right up."

"I do wish we had a parlor."

"I guess it won't hurt George Eastman any to come to see you in a nice clean kitchen. I guess a good many girls don't have as good a place as this. Nobody's ever heard me complain."

"I ain't complained either, mother."

"Well, I don't think you'd better, a good father an' a good home as you've got. S'pose your father made you go out an' work for your livin'? Lots of girls have to that ain't no stronger an' better able to than you be."

Sarah Penn washed the frying-pan with a conclusive air. She scrubbed the outside of it as faithfully as the inside. She was a masterly keeper of her box of a house. Her one living-room never seemed to have in it any of the dust which the friction of life with inanimate matter produces. She swept, and there seemed to be no dirt to go before the broom; she cleaned, and one could see no difference. She was like an artist so perfect that he has apparently no art. To-day she got out a

mixing bowl and a board, and rolled some pies, and there was no more flour upon her than upon her daughter who was doing finer work. Nanny was to be married in the fall, and she was sewing on some white cambric and embroidery. She sewed industriously while her mother cooked, her soft milk-white hands and wrists showed whiter than her delicate work.

“We must have the stove moved out in the shed before long” said Mrs. Penn. “Talk about not havin' things, it's been a real blessin' to be able to put a stove up in that shed in hot weather. Father did one good thing when he fixed that stove-pipe out there.”

Sarah Penn's face as she rolled her pies had that expression of meek vigor which might have characterized one of the New Testament saints. She was making mince-pies. Her husband, Adoniram Penn, liked them better than any other kind. She baked twice a week. Adoniram often liked a piece of pie between meals. She hurried this morning. It had been later than usual when she began, and she wanted to have a pie baked for dinner. However deep a resentment she might be forced to hold against her husband, she would never fail in sedulous attention to his wants.

Nobility of character manifests itself at loop-holes when it is not provided with large doors. Sarah Penn's showed itself to-day in flaky dishes of pastry. So she made the pies faithfully, while across the table she could see, when she glanced up from her work, the sight that rankled in her patient and steadfast soul — the digging of the cellar of the new barn in the place where Adoniram forty years ago had promised her their new house should stand.

The pies were done for dinner. Adoniram and Sammy were home a few minutes after twelve o'clock. The dinner was eaten with serious haste. There was never much conversation at the table in the Penn family. Adoniram asked a blessing, and they ate promptly, then rose up and went about their work.

Sammy went back to school, taking soft sly lopes out of the yard like a rabbit. He wanted a game of marbles before school, and feared his father would give him some chores to do. Adoniram hastened to the door and called after him, but he was out of sight.

“I don't see what you let him go for, mother” said he. “I wanted him to help me unload that wood.”

Adoniram went to work out in the yard unloading wood from the wagon. Sarah put away the dinner dishes, while Nanny took down her curl-papers and changed her dress. She was going down to the store to buy some more embroidery and thread.

When Nanny was gone, Mrs. Penn went to the door. “Father!” she called.

“Well, what is it!”

“I want to see you jest a minute, father.”

“I can't leave this wood nohow. I've got to git it unloaded an' go for a load of gravel afore two o'clock. Sammy had ought to helped me. You hadn't ought to let him go to school so early.”

“I want to see you jest a minute.”

“I tell ye I can't, nohow, mother.”

“Father, you come here.” Sarah Penn stood in the door like a queen; she held her head as if it bore a crown; there was that patience which makes authority royal in her voice. Adoniram went.

Mrs. Penn led the way into the kitchen, and pointed to a chair. “Sit down, father” said she; “I've got somethin' I want to say to you.”

He sat down heavily; his face was quite stolid, but he looked at her with restive eyes. “Well, what is it, mother?”

“I want to know what you're buildin' that new barn for, father?”

“I ain't got nothin' to say about it.”

“It can't be you think you need another barn?”

“I tell ye I ain't got nothin' to say about it, mother; an' I ain't goin' to say nothin'.”

“Be you goin' to buy more cows?”

Adoniram did not reply; he shut his mouth tight.

“I know you be, as well as I want to. Now, father, look here” — Sarah Penn had not sat down; she stood before her husband in the humble fashion of a Scripture woman — “I'm goin' to talk real plain to you; I never have sence I married you, but I'm goin' to now. I ain't never

complained, an' I ain't goin' to complain now, but I'm goin' to talk plain. You see this room here, father; you look at it well. You see there ain't no carpet on the floor, an' you see the paper is all dirty, an' droppin' off the walls. We ain't had no new paper on it for ten year, an' then I put it on myself, an' it didn't cost but ninepence a roll. You see this room, father; it's all the one I've had to work in an' eat in an' sit in sence we was married. There ain't another woman in the whole town whose husband ain't got half the means you have but what's got better. It's all the room Nanny's got to have her company in; an' there ain't one of her mates but what's got better, an' their fathers not so able as hers is. It's all the room she'll have to be married in. What would you have thought, father, if we had had our weddin' in a room no better than this? I was married in my mother's parlor, with a carpet on the floor, an' stuffed furniture, an' a mahogany card-table. An' this is all the room my daughter will have to be married in. Look here, father!"

Sarah Penn went across the room as though it were a tragic stage. She flung open a door and disclosed a tiny bedroom, only large enough for a bed and bureau, with a path between. "There, father" said she — "there's all the room I've had to sleep in forty year. All my children were born there — the two that died, an' the two that's livin'. I was sick with a fever there."

She stepped to another door and opened it. It led into the small, ill-lighted pantry. "Here" said she, "is all the buttery I've got — every place I've got for my dishes, to set away my victuals in, an' to keep my milk-pans in. Father, I've been takin' care of the milk of six cows in this place, an' now you're goin' to build a new barn, an' keep more cows, an' give me more to do in it."

She threw open another door. A narrow crooked flight of stairs wound upward from it. "There, father" said she, "I want you to look at the stairs that go up to them two unfinished chambers that are all the places our son an' daughter have had to sleep in all their lives. There ain't a prettier girl in town nor a more ladylike one than Nanny, an' that's the place she has to sleep in. It ain't so good as your horse's stall; it ain't so warm an' tight."

Sarah Penn went back and stood before her husband. "Now, father" said she, "I want to know if you think you're doin' right an' accordin' to what you profess. Here, when we was married, forty year ago, you promised me faithful that we should have a new house built in that lot over in the field before the year was out. You said you had money enough, an' you wouldn't ask me to live in no such place as this. It is forty year now, an' you've been makin' more money, an' I've been savin' of it for you ever since, an' you ain't built no house yet. You've built sheds an' cow-houses an' one new barn, an' now you're goin' to build another. Father, I want to know if you think it's right. You're lodgin' your dumb beasts better than you are your own flesh an' blood. I want to know if you think it's right."

"I ain't got nothin' to say."

"You can't say nothin' without ownin' it ain't right, father. An' there's another thing — I ain't complained; I've got along forty year, an' I s'pose I should forty more, if it wa'n't for that — if we don't have another house. Nanny she can't live with us after she's married. She'll have to go somewheres else to live away from us, an' it don't seem as if I could have it so, noways, father. She wa'n't ever strong. She's got considerable color, but there wa'n't never any backbone to her. I've always took the heft of everything off her, an' she ain't fit to keep house an' do everything herself. She'll be all worn out inside of a year. Think of her doin' all the washin' an' ironin' an' bakin' with them soft white hands an' arms, an' sweepin'! I can't have it so, noways, father."

Mrs. Penn's face was burning; her mild eyes gleamed. She had pleaded her little cause like a Webster; she had ranged from severity to pathos; but her opponent employed that obstinate silence which makes eloquence futile with mocking echoes. Adoniram arose clumsily.

"Father, ain't you got nothin' to say?" said Mrs. Penn.

"I've got to go off after that load of gravel. I can't stan' here talkin' all day."

"Father, won't you think it over, an' have a house built there instead of a barn?"

"I ain't got nothin' to say."

Adoniram shuffled out. Mrs. Penn went into her bedroom. When she came out, her eyes were red. She had a roll of unbleached cotton cloth. She spread it out on the kitchen table, and began cutting out some shirts for her husband. The men over in the field had a team to help them

this afternoon; she could hear their halloos. She had a scanty pattern for the shirts; she had to plan and piece the sleeves.

Nanny came home with her embroidery, and sat down with her needlework. She had taken down her curl-papers, and there was a soft roll of fair hair like an aureole over her forehead; her face was as delicately fine and clear as porcelain. Suddenly she looked up, and the tender red flamed all over her face and neck. "Mother" said she.

"What say?"

"I've been thinking — I don't see how we're goin' to have any — wedding in this room. I'd be ashamed to have his folks come if we didn't have anybody else."

"Mebbe we can have some new paper before then; I can put it on. I guess you won't have no call to be ashamed of your belongin's."

"We might have the wedding in the new barn" said Nanny, with gentle pettishness. "Why, mother, what makes you look so?"

Mrs. Penn had started, and was staring at her with a curious expression. She turned again to her work, and spread out a pattern carefully on the cloth. "Nothin'" said she.

Presently Adoniram clattered out of the yard in his two-wheeled dump cart, standing as proudly upright as a Roman charioteer. Mrs. Penn opened the door and stood there a minute looking out; the halloos of the men sounded louder.

It seemed to her all through the spring months that she heard nothing but the halloos and the noises of saws and hammers. The new barn grew fast. It was a fine edifice for this little village. Men came on pleasant Sundays, in their meeting suits and clean shirt bosoms, and stood around it admiringly. Mrs. Penn did not speak of it, and Adoniram did not mention it to her, although sometimes, upon a return from inspecting it, he bore himself with injured dignity.

"It's a strange thing how your mother feels about the new barn" he said, confidentially, to Sammy one day.

Sammy only grunted after an odd fashion for a boy; he had learned it from his father.

The barn was all completed ready for use by the third week in July. Adoniram had planned to move his stock in on Wednesday; on Tuesday he received a letter which changed his plans. He came in with it early in the morning. "Sammy's been to the post-office" said he, "an' I've got a letter from Hiram." Hiram was Mrs. Penn's brother, who lived in Vermont.

"Well" said Mrs. Penn, "what does he say about the folks?"

"I guess they're all right. He says he thinks if I come up country right off there's a chance to buy jest the kind of a horse I want." He stared reflectively out of the window at the new barn.

Mrs. Penn was making pies. She went on clapping the rolling-pin into the crust, although she was very pale, and her heart beat loudly.

"I dun' know but what I'd better go" said Adoniram. "I hate to go off jest now, right in the midst of hayin', but the ten-acre lot's cut, an' I guess Rufus an' the others can git along without me three or four days. I can't get a horse round here to suit me, nohow, an' I've got to have another for all that wood-haulin' in the fall. I told Hiram to watch out, an' if he got wind of a good horse to let me know. I guess I'd better go."

"I'll get out your clean shirt an' collar" said Mrs. Penn calmly.

She laid out Adoniram's Sunday suit and his clean clothes on the bed in the little bedroom. She got his shaving-water and razor ready. At last she buttoned on his collar and fastened his black cravat.

Adoniram never wore his collar and cravat except on extra occasions. He held his head high, with a rasped dignity. When he was all ready, with his coat and hat brushed, and a lunch of pie and cheese in a paper bag, he hesitated on the threshold of the door. He looked at his wife, and his manner was defiantly apologetic. "If them cows come to-day, Sammy can drive 'em into the new barn" said he; "an' when they bring the hay up, they can pitch it in there."

"Well" replied Mrs. Penn.

Adoniram set his shaven face ahead and started. When he had cleared the door-step, he turned and looked back with a kind of nervous solemnity. "I shall be back by Saturday if nothin' happens" said he.

"Do be careful, father" returned his wife.

She stood in the door with Nanny at her elbow and watched him out of sight. Her eyes had a strange, doubtful expression in them; her peaceful forehead was contracted. She went in, and about her baking again. Nanny sat sewing. Her wedding-day was drawing nearer, and she was getting pale and thin with her steady sewing. Her mother kept glancing at her.

"Have you got that pain in your side this mornin'?" she asked.

"A little."

Mrs. Penn's face, as she worked, changed, her perplexed forehead smoothed, her eyes were steady, her lips firmly set. She formed a maxim for herself, although incoherently with her unlettered thoughts. "Unsolicited opportunities are the guide-posts of the Lord to the new roads of life" she repeated in effect, and she made up her mind to her course of action.

"S'posin' I *had* wrote to Hiram" she muttered once, when she was in the pantry — "s'posin' I *had* wrote, an' asked him if he knew of any horse? But I didn't, an' father's goin' wa'n't none of my doin'. It looks like a providence." Her voice rang out quite loud at the last.

"What you talkin' about, mother?" called Nanny.

"Nothin'."

Mrs. Penn hurried her baking; at eleven o'clock it was all done. The load of hay from the west field came slowly down the cart track, and drew up at the new barn. Mrs. Penn ran out. "Stop!" she screamed — "stop!"

The men stopped and looked; Sammy upreared from the top of the load, and stared at his mother.

"Stop!" she cried out again. "Don't you put the hay in that barn; put it in the old one."

"Why, he said to put it in here" returned one of the haymakers, wonderingly. He was a young man, a neighbor's son, whom Adoniram hired by the year to help on the farm.

"Don't you put the hay in the new barn; there's room enough in the old one, ain't there?" said Mrs. Penn.

"Room enough" returned the hired man, in his thick, rustic tones. "Didn't need the new barn, nohow, far as room's concerned. Well, I s'pose he changed his mind." He took hold of the horses' bridles.

Mrs. Penn went back to the house. Soon the kitchen windows were darkened, and a fragrance like warm honey came into the room.

Nanny laid down her work. "I thought father wanted them to put the hay into the new barn?" she said, wonderingly.

"It's all right" replied her mother.

Sammy slid down from the load of hay, and came in to see if dinner was ready.

"I ain't goin' to get a regular dinner to-day, as long as father's gone" said his mother. "I've let the fire go out. You can have some bread an' milk an' pie. I thought we could get along." She set out some bowls of milk, some bread, and a pie on the kitchen table. "You'd better eat your dinner now" said she. "You might jest as well get through with it. I want you to help me afterward."

Nanny and Sammy stared at each other. There was something strange in their mother's manner. Mrs. Penn did not eat anything herself. She went into the pantry, and they heard her moving dishes while they ate. Presently she came out with a pile of plates. She got the clothes-basket out of the shed, and packed them in it. Nanny and Sammy watched. She brought out cups and saucers, and put them in with the plates.

"What you goin' to do, mother?" inquired Nanny, in a timid voice. A sense of something unusual made her tremble, as if it were a ghost. Sammy rolled his eyes over his pie.

"You'll see what I'm goin' to do" replied Mrs. Penn. "If you're through, Nanny, I want you to go up-stairs an' pack up your things; an' I want you, Sammy, to help me take down the bed in the bedroom."

“Oh, mother, what for?” gasped Nanny.

“You'll see.”

During the next few hours a feat was performed by this simple, pious New England mother which was equal in its way to Wolfe's storming of the Heights of Abraham. It took no more genius and audacity of bravery for Wolfe to cheer his wondering soldiers up those steep precipices, under the sleeping eyes of the enemy, than for Sarah Penn, at the head of her children, to move all their little household goods into the new barn while her husband was away.

Nanny and Sammy followed their mother's instructions without a murmur; indeed, they were overawed. There is a certain uncanny and superhuman quality about all such purely original undertakings as their mother's was to them. Nanny went back and forth with her light loads, and Sammy tugged with sober energy.

At five o'clock in the afternoon the little house in which the Penns had lived for forty years had emptied itself into the new barn.

Every builder builds somewhat for unknown purposes, and is in a measure a prophet. The architect of Adoniram Penn's barn, while he designed it for the comfort of four-footed animals, had planned better than he knew for the comfort of humans. Sarah Penn saw at a glance its possibilities. Those great box-stalls, with quilts hung before them, would make better bedrooms than the one she had occupied for forty years, and there was a tight carriage-room. The harness-room, with its chimney and shelves, would make a kitchen of her dreams. The great middle space would make a parlor, by-and-by, fit for a palace. Up stairs there was as much room as down. With partitions and windows, what a house would there be! Sarah looked at the row of stanchions before the allotted space for cows, and reflected that she would have her front entry there.

At six o'clock the stove was up in the harness-room, the kettle was boiling, and the table set for tea. It looked almost as home-like as the abandoned house across the yard had ever done. The young hired man milked, and Sarah directed him calmly to bring the milk to the new barn. He came gaping, dropping little blots of foam from the brimming pails on the grass. Before the next morning he had spread the story of Adoniram Penn's wife moving into the new barn all over the little village. Men assembled in the store and talked it over, women with shawls over their heads scuttled into each other's houses before their work was done. Any deviation from the ordinary course of life in this quiet town was enough to stop all progress in it. Everybody paused to look at the staid, independent figure on the side track. There was a difference of opinion with regard to her. Some held her to be insane; some, of a lawless and rebellious spirit.

Friday the minister went to see her. It was in the forenoon, and she was at the barn door shelling pease for dinner. She looked up and returned his salutation with dignity, then she went on with her work. She did not invite him in. The saintly expression of her face remained fixed, but there was an angry flush over it.

The minister stood awkwardly before her, and talked. She handled the pease as if they were bullets. At last she looked up, and her eyes showed the spirit that her meek front had covered for a lifetime.

“There ain't no use talkin', Mr. Hersey” said she. “I've thought it all over an' over, an' I believe I'm doin' what's right. I've made it the subject of prayer, an' it's betwixt me an' the Lord an' Adoniram. There ain't no call for nobody else to worry about it.”

“Well, of course, if you have brought it to the Lord in prayer, and feel satisfied that you are doing right, Mrs. Penn” said the minister, helplessly. His thin gray-bearded face was pathetic. He was a sickly man; his youthful confidence had cooled; he had to scourge himself up to some of his pastoral duties as relentlessly as a Catholic ascetic, and then he was prostrated by the smart.

“I think it's right jest as much as I think it was right for our forefathers to come over from the old country 'cause they didn't have what belonged to 'em” said Mrs. Penn. She arose. The barn threshold might have been Plymouth Rock from her bearing. “I don't doubt you mean well, Mr. Hersey” said she, “but there are things people hadn't ought to interfere with. I've been a member of the church for over forty year. I've got my own mind an' my own feet, an' I'm goin' to think my own



thoughts an' go my own ways, an' nobody but the Lord is goin' to dictate to me unless I've a mind to have him. Won't you come in an' set down? How is Mis' Hersey?"

"She is well, I thank you" replied the minister. He added some more perplexed apologetic remarks; then he retreated.

He could expound the intricacies of every character study in the Scriptures, he was competent to grasp the Pilgrim Fathers and all historical innovators, but Sarah Penn was beyond him. He could deal with primal cases, but parallel ones worsted him. But, after all, although it was aside from his province, he wondered more how Adoniram Penn would deal with his wife than how the Lord would. Everybody shared the wonder. When Adoniram's four new cows arrived, Sarah ordered three to be put in the old barn, the other in the house shed where the cooking-stove had stood. That added to the excitement. It was whispered that all four cows were domiciled in the house.

Toward sunset on Saturday, when Adoniram was expected home, there was a knot of men in the road near the new barn. The hired man had milked, but he still hung around the premises. Sarah Penn had supper all ready. There were brown-bread and baked beans and a custard pie; it was the supper that Adoniram loved on a Saturday night. She had on a clean calico, and she bore herself imperturbably. Nanny and Sammy kept close at her heels. Their eyes were large, and Nanny was full of nervous tremors. Still there was to them more pleasant excitement than anything else. An inborn confidence in their mother over their father asserted itself.

Sammy looked out of the harness-room window. "There he is" he announced, in an awed whisper. He and Nanny peeped around the casing. Mrs. Penn kept on about her work. The children watched Adoniram leave the new horse standing in the drive while he went to the house door. It was fastened. Then he went around to the shed. That door was seldom locked, even when the family was away. The thought how her father would be confronted by the cow flashed upon Nanny. There was a hysterical sob in her throat. Adoniram emerged from the shed and stood looking about in a dazed fashion. His lips moved; he was saying something, but they could not hear what it was. The hired man was peeping around a corner of the old barn, but nobody saw him.

Adoniram took the new horse by the bridle and led him across the yard to the new barn. Nanny and Sammy slunk close to their mother. The barn doors rolled back, and there stood Adoniram, with the long mild face of the great Canadian farm horse looking over his shoulder.

Nanny kept behind her mother, but Sammy stepped suddenly forward, and stood in front of her.

Adoniram stared at the group. "What on airth you all down here for?" said he. "What's the matter over to the house?"

"We've come here to live, father" said Sammy. His shrill voice quavered out bravely.

"What" — Adoniram sniffed — "what is it smells like cookin'?" said he. He stepped forward and looked in the open door of the harness-room. Then he turned to his wife. His old bristling face was pale and frightened. "What on airth does this mean, mother?" he gasped.

"You come in here, father" said Sarah. She led the way into the harness-room and shut the door. "Now, father" said she, "you needn't be scared. I ain't crazy. There ain't nothin' to be upset over. But we've come here to live, an' we're goin' to live here. We've got jest as good a right here as new horses an' cows. The house wa'n't fit for us to live in any longer, an' I made up my mind I wa'n't goin' to stay there. I've done my duty by you forty year, an' I'm goin' to do it now; but I'm goin' to live here. You've got to put in some windows and partitions; an' you'll have to buy some furniture."

"Why, mother!" the old man gasped.

"You'd better take your coat off an' get washed — there's the wash-basin — an' then we'll have supper."

"Why, mother!"

Sammy went past the window, leading the new horse to the old barn. The old man saw him, and shook his head speechlessly. He tried to take off his coat, but his arms seemed to lack the power. His wife helped him. She poured some water into the tin basin, and put in a piece of soap.

## Literatura Norteamericana

She got the comb and brush, and smoothed his thin gray hair after he had washed. Then she put the beans, hot bread, and tea on the table. Sammy came in, and the family drew up. Adoniram sat looking dazedly at his plate, and they waited.

“Ain't you goin' to ask a blessin', father?” said Sarah.

And the old man bent his head and mumbled.

All through the meal he stopped eating at intervals, and stared furtively at his wife; but he ate well. The home food tasted good to him, and his old frame was too sturdily healthy to be affected by his mind. But after supper he went out, and sat down on the step of the smaller door at the right of the barn, through which he had meant his Jerseys to pass in stately file, but which Sarah designed for her front house door, and he leaned his head on his hands.

After the supper dishes were cleared away and the milk-pans washed, Sarah went out to him. The twilight was deepening. There was a clear green glow in the sky. Before them stretched the smooth level of field; in the distance was a cluster of hay-stacks like the huts of a village; the air was very cool and calm and sweet. The landscape might have been an ideal one of peace.

Sarah bent over and touched her husband on one of his thin, sinewy shoulders. “Father!”

The old man's shoulders heaved: he was weeping.

“Why, don't do so, father” said Sarah.

“I'll — put up the — partitions, an' — everything you — want, mother.”

Sarah put her apron up to her face; she was overcome by her own triumph.

Adoniram was like a fortress whose walls had no active resistance, and went down the instant the right besieging tools were used. “Why, mother” he said, hoarsely, “I hadn't no idee you was so set on't as all this comes to.”